

# LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Luis Mendoza Vega  
mendozavegatributo@gmail.com

## “Los cuervos de Francia”

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Número 61, julio-septiembre de 2022, pp. 84-87.

ISSN: 01855727  
Xalapa, Veracruz, México



*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000  
Xalapa, Veracruz, México  
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

otro tipo de compromiso. Y aunque así fuera, aunque ahora mismo alguien se levante y diga enérgicamente: “yo sí leo artículos académicos con gusto”, debería tener la sinceridad suficiente para reconocerse extraño entre la masa, la excepción a la regla, alguien que habita en un lugar muy solitario.

“Sí, sí, sí. Muchas quejas y nada de soluciones”, estoy seguro que más de uno estará pensando. Y es cierto, hasta el momento no he pretendido aportar alguna respuesta; el ansiado secreto que, revelado, satisfaga nuestros problemas. Pero también es cierto que no pretendo eso. Aunque, si tuviera que decirlo, si de repente alguien me cuestionara y me dijera “Ya dame tu opinión”, diría que la solución no es la simplificación extrema, el polo opuesto de la pobreza estilística. No, la solución –si así es más cómodo llamarla– ya la he dicho: es la comunicación. Perderle el miedo a la exposición, a mostrar eso que sabemos, sin temor a ser juzgados, cuestionados o debatidos. Quizá también sea reconciliarnos con nuestra propia lengua y con la escritura misma. Guiar al otro, a mi lector; y no ponerle trampas, meterle el pie y hacerle el camino más difícil, ir ocultando mis ideas en dos o tres párrafos incomprensibles para cualquier ser humano. Dejar de hacer sentir culpable al otro. Porque para eso leemos, para saber algo que ignoramos. Aprovechar las convenciones académicas y usarlas en nuestro favor. Pero también, no temer la libertad del ensayista. No temerle a la literatura ni al estilo. Empatía y, algo mucho muy importante que solemos olvidar, tenerle gusto a lo que hacemos.

Creo yo que un ejemplo paradigmático de esto que intento exponer lo encontramos en aquel magnífico libro de Antonio Alatorre, *Los 1001 años de la lengua española*. Ahí, el estudioso de la literatura y el filólogo no están pe-

leados con el divulgador, con el escritor en todo el sentido de la palabra. Qué disfrute es leer un libro como este precisamente porque entendemos todo, porque no busca ofuscar, sino iluminar un camino. Hay muchas lecciones que aprender ahí.

La lengua de la academia no debe ser la que busque el matiz de extrañamiento y oscuridad, amparado en las ansias de la exactitud y el falso cientificismo. La lengua de la academia es la lengua de su presente, del contexto social y cultural donde se desarrolla una investigación. Y esto tiene una causa muy sencilla: la lengua de la academia está hecha para construir conocimiento y el conocimiento debe, en todos los casos, compartirse.

De ahí se desprende que, quizá más que nadie, los eruditos, los investigadores, deben aspirar a conocer los usos lingüísticos, no de su determinado círculo, sino del gran campo cultural al que pertenecen; aquellas estrategias comunicativas más significantes para un hablante del presente. Para ello, resulta imperativo al académico dejar de lado matices fundados en principios de aspiración a un falso prestigio o, peor aún, distinciones de clase inherentes a su personalidad: “¿Cómo me voy a rebajar a escribir así de simple y con ese vocabulario tan pobre? Yo soy académico y universitario”.

No se trata de descifrar el enigma de la esfinge, mucho más cuando la esfinge no oculta nada detrás de sus palabras. No, no todo lo difícil es estimulante y creo que va siendo hora de que alguien lo diga. **LPyH**

**Armando Gutiérrez Victoria** (CDMX, 1995) es doctorante en Literatura Hispánica en El Colegio de México. Ha colaborado en revistas como *Irradiación*, *Campos de Plumas*, *Periódico Poético* y *Didasko*.

## Los cuervos de Francia

Luis Mendoza Vega

Francia tiene la costumbre de castigar a sus genios por insolentes y pesimistas. En una entrada de *Babelia*, suplemento cultural del periódico español *El País*, Álex Vicente anota que fueron pocas y discretas las celebraciones del bicentenario de Charles Baudelaire en 2021. Las razones: el mensaje negativo que da el poeta, autor de *Las flores del mal* (1857) y precursor, por si fuera poco, de la poesía moderna en Occidente. Sin embargo, la nación europea suele tener excepciones respecto a sus hijos. En 2011, también en *El País*, Mario Vargas Llosa cuenta cómo le provocó náuseas leer las *Bagatelas para una masacre* (1937), de Louis-Ferdinand Céline, un panfleto abierta y descaradamente antisemita; añade asimismo el caso Polanski, director de cine franco-polaco y sobreviviente del Holocausto, quien abusó sexualmente de una adolescente de 13 años cuando él apenas rebasaba los 40: “Él, entonces, huyó a París. Menos mal que un país como Francia, donde se respetan la cultura y el talento, le ofreció exilio y protección, y le ha permitido seguir produciendo excelentes obras cinematográficas que ahora ganan premios por doquier”, menciona. En estos días, donde lo lícito e ilícito juegan un papel decisivo, no sabemos aún si en contra o a favor de la cultura y la libre expresión, entender los fenómenos que se gestan alrededor del arte evita caer en los equívocos de la moral y la política, dos caminos sumamente extraños. Digo esto porque podría inquietar a más de uno leer sobre este “hombre un poco pesado”, como lo llamó Enrique Vila-Matas: el doctor Auguste Destouches, *Céline*.

Autor de dos novelas excelentes por su estilo voraz y provocador, *Viaje al fin de la noche* (1932) y *Muerte a crédito* (1936), Céline, junto con Marcel Proust, es uno de los escritores franceses más traducidos e influyentes del siglo pasado. El vilipendiado maestro también fue un miembro activo del Régimen de Vichy, un estado político de colaboración entre Francia y la Alemania nazi durante la Segunda Guerra Mundial. Firmó múltiples textos de propaganda antisemita que le valieron un exilio de alrededor de siete años en cuanto los alemanes se retiraron de París en 1944. Su libro *De un castillo a otro* (1957) deja algunos detalles de su estancia en la fortaleza de Siegmaringen, un sitio infestado por colaboradores del gobierno francés y de aquel cáncer humano, el nazismo. De 1945 a 1950, permanece en Dinamarca. Es recluido por las autoridades, lo que evita su extradición a Francia para ser juzgado y, con mucha probabilidad, asesinado, tal como le sucedió a su editor Robert Denoël.

Inmerso en la miseria, niega su racismo para evitar mayores represalias, mientras la locura y la mugre de su celda ambientan el infierno que se levanta alrededor de su figura. Es un punto de inflexión. Un episodio que años más tarde puede leerse cifrado en la obra del poeta, editor y reseñista mexicano, César Arístides (Ciudad de México, 1967), en su libro *Louis-Ferdinand Céline en Dinamarca*, publicado en 2021 por la editorial de la Universidad Veracruzana. Autor de más de una decena de libros de poesía: *Duelos y alabanzas* (2002), *Evocación del desterrado* (2003), *Thomas Bernhard despierta en su tumba sin nombre* (2013), entre otros; de ellos podría destacar *El rapto de Proserpina* (2021), en cuyos versos se acentúa su obsesión



Cortaduras

por la arqueología de personajes y temperamentos como una cartografía del alma humana. Respecto a Céline, cabe recalcar que no se trata de una reconstrucción de los hechos, sino más bien de la representación de un hombre recluido, al cual la enajenación, la amargura y los deseos sometidos erigen una realidad tórrida. La evocación continua de la guerra, la muerte, las persecuciones, el amor y la or-

fandad, encuentran un cauce en la belleza, quiero decir, en el arte y la poesía, con los que conjura, desde un presente ensombrecido, su “condición fastosa de estar luminosamente encerrado”.

La obra construye el peregrinaje de una voz convicta. Las formas que ocupa el poeta para enhebrar esta fábula penitenciaría —el soneto, el verso libre y la prosa poética— permiten no solo





Higuera

leerla como un conjunto de poemas –que lo son, por supuesto–, sino también como una historia que se desarrolla mediante la efusión lírica.

Los sonetos, al principio de cada apartado, se presentan como una voz en *off*, un demiurgo, una antecámara de los claroscuros que rodean a la otra voz, la del prisionero:

fábula de dolor lumbré de preces  
hirientes en la celda donde yacen  
huraños los antojos y renacen  
las odas mendicantes de los meses

Una voz que, en seguida, gracias al verso libre, recorre los senderos del pasado. Céline entra a escena. El

lector recibe los sueños, los recuerdos de una ciudad incendiada por el odio, los encuentros con la amada, la pérdida de la madre y la figura paterna y taciturna, que se desenvuelven en esos estados luminosos de la revelación, de la memoria, la única patria del cautivo.

La sintaxis, las rimas consonantes y el poco uso de los signos de puntuación reflejan el fluir de la pérdida; un ritmo del que solo las pesadillas, el delirio o una vida que se “resquebraja con trémula piedad a los infiernos” dan testimonio:

hechizado el hombre contempla la escoria  
cubro mi rostro y asumo los golpes certeros  
no hay ya miedo todo es ahora semen de diablo  
cuaja ilusiones anega la piedad y roe mi esqueleto  
soy la flor mansa en el paraíso del cadalso  
el ensalmo magullado el escupitajo  
la virtud tétrica el trapo ensangrentado

Al paso, el hombre despierta. La vigilia es una prosa que acarrea la pesadumbre, el agobio más amargo, que testifica además el embate del averno. El desterrado descubre su realidad, la de su calabozo, y así lo constata: “yo el demonio más imbécil el castrado el sol podrido en el punto más sublime de lo negro”. Asume de esta forma los retazos del mundo arrebatado, ese resquemor de certeza que la palabra, a ratos sórdida e impúdica, reviste: “firmar en cada oración en cada recado y confesión la sentencia de muerte la blasfemia la carcajada informe y el puntual derrumbamiento no solo de nuestros sueños sino de los anhelos de quienes hacemos del encarcelamiento el oficio púrpura del desgraciado”. La poesía acata la sobrevivencia del detenido, y no solo su nostalgia, también la ironía, el insulto y la rabia descubren su absurda materia, la de una calamidad imbécil de la que es dueña la vida.

Me pregunto, en cuanto termino de leer la obra de Arístides: ¿se cae o se asciende al sueño? Sor Juana sube, indiscutiblemente. Pero hay quienes caemos en un infierno propio. La palabra encalla en ese hedor nocturno que es la blasfemia. La noche es un acantila-

do por donde escapa el miserable, así lo dice: “la única claridad la dibuja torpemente la visita turbia de las alucinaciones”. La luz está tatuada por el horror, el cinismo, todo pende de su arcada. El poeta mexicano funda un lenguaje que responde, sin duda, a las inquietudes de este ser rabioso. Es carne de cañón con aspavientos; tan solo pongo de ejemplo estos versos envidiables:

Huimos del estrépito pirotécnico  
la pompa y la circunstancia del horror  
alentado por punzante bombardeo  
nuestras manos trenzadas por la angustia  
son flor carnívora parida por la esperanza

Doce apartados donde el derrumbamiento trasluce a un Céline cínico en un retrato humano. Al final del libro, un soneto lo revela como un iluminado por Caronte: “podrido y débil en el hades”, la locura lo ha consumido. Mas pide en una carta-epílogo la liberación de su esposa. Él, en cambio, se ha resignado al encarcelamiento. El autor no morirá sino hasta 1961, en París, por un aneurisma cerebral, odiado y celebrado por pocos.

César Arístides se suma, de esta manera, al contrabando de la memoria. En *No volveré a tocarte*, de 2020, ha imaginado en versos una posible correspondencia entre Idea Vilariño y su amado y huidizo Onetti. Esta vez, con *Louis-Ferdinand Céline en Dinamarca*, redescubre el mito del infame. No busca exhumar al antisemita, “desgracia nacional”, como fue declarado. Los daños están hechos. El dolor y la miseria constatan sencillamente que ni el demonio ni el monstruo se salvan de ser humanos. “En la agonía reposa la redención humana”, afirma el poeta. Yo agregaría que aun el maldito tiene su porción de belleza en el infierno. **LPyH**

**Luis Mendoza Vega** (Otatitlán, Ver., 1999) es poeta, crítico literario y licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas por la UV.